

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

12/5/2013

Oratorio de san Felipe Neri

Alcalá de Henares

Celebramos la fiesta de la Ascensión del Señor: Dios asciende a los cielos. Hemos escuchado por dos veces, en la primera lectura y en el evangelio, los dos escritos por Lucas, la afirmación de este hecho que da nombre a la fiesta: «lo vieron levantarse hasta que una nube se lo quitó de la vista»; y «mientras los bendecía se separó de ellos, subiendo hacia el cielo». Debemos intentar explicar qué significa esto de que Jesús ascendió a los cielos.

Pero primero debemos considerar lo que el Señor les dice a los Apóstoles antes de ascender a los cielos. Si nos fijamos en el Evangelio vemos que Jesús empieza por hacer una consideración sobre su propia vida para decir que con lo que ha ocurrido hasta entonces se ha cumplido el plan de Dios anunciado por los profetas. Falta una cosa: que a partir de ese momento se predique la conversión y el perdón de los pecados a todos los pueblos, empezando por Jerusalén.

Y les dice que los encargados de esta predicación y de esta oferta serán los apóstoles («**vosotros sois testigos de esto**»).

Esta misión incumbe a toda la Iglesia, que está allí representada por los Apóstoles. Esta misión nos incumbe a todos. Antes de ascender a los cielos ésta es la misión que nos encarga el Señor.

Ahora antes de comenzar esta misión, el Señor les da otra indicación. Algo realmente importante, de lo que les había hablado abundantemente las últimas horas antes de ser detenido en el huerto de los olivos. Les dice que deben aguardar juntos en Jerusalén hasta que «**se cumpla la promesa de mi padre**», esa promesa es el don del Espíritu Santo derramado sobre ellos. Y en el evangelio dice: «**Yo os enviaré lo que mi Padre ha prometido, vosotros quedaos en la ciudad, hasta que os veáis revestidos de la fuerza de lo alto**», refiriéndose a ese mismo Espíritu Santo. Es este Espíritu del Padre y del Hijo el que les unirá perfectamente al Padre y al Hijo y les hará capaces de la misión encomendada. Por eso dice en *Hechos*: «**Cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza para ser mis testigos, en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los confines del mundo**».

Nosotros, que somos parte de la Iglesia apostólica, participamos de la misión y de la indicación de aguardar esta fuerza de lo alto que es el Espíritu Santo. En el orden práctico esto es lo primero que debemos hacer: pedir y aguardar este Espíritu, sobre cada uno, sobre el conjunto de los que solemos reunirnos aquí, sobre el conjunto de la Iglesia. Para eso debemos estar en gracia, confesar nuestros pecados y rezar, no sólo personalmente, sino también comunitariamente, aquí en la Iglesia, como hicieron los apóstoles que, siguiendo el mandato de Jesús permanecieron juntos alrededor de María rezando, suplicando que se cumpliese esta promesa, preparando su corazón para recibir este don de Dios. Así lo hizo también san Felipe Neri.

El evangelio nos da otro detalle: cuando Jesús ascendía a los cielos, elevando las manos, les bendecía y ellos se postraron. Es hermoso entender que éste es el último

gesto que los apóstoles vieron del Señor en esta tierra, el gesto de elevar las manos para bendecirles. Nosotros repetimos este gesto, al que muchos parece que no dais mucha importancia, antes de terminar la misa. El sacerdote, que en la celebración de los sacramentos obra en nombre de Cristo y obra para el pueblo de Cristo, eleva la mano para bendecirlo y el pueblo inclina la cabeza para acoger devotamente esta bendición de Cristo. Los gestos litúrgicos hacen visibles y actuales los misterios de Cristo en la tierra, misterios que nos traen la salvación.

Un misterio es, refiriéndonos a los Evangelios, una realidad visible, concreta, como este gesto que hace Cristo de elevar las manos para bendecir a los suyos, que esconde una realidad invisible, en este caso la de la gracia de Dios que se nos ofrece para ir poco a poco remodelando nuestro corazón. En el gesto visible se atisba algo que es invisible, que no puede ser contenido por las cosas y los gestos, porque es más grande que ellos.

Lo mismo ocurre con el hecho de “ascender a los cielos”. Cristo se eleva, pero este signo externo que observan los ojos de los apóstoles y que nos relata el Evangelio y los Hechos de los Apóstoles, es expresión de una realidad mucho más grande que los ojos no pueden ver. ¿Qué significa que Jesús asciende? ¿Dónde asciende? Desde luego no asciende en el espacio como si fuese *superman* o como si cogiese un cohete de la NASA. Se eleva en el espacio a los ojos de los Apóstoles para darles a entender que se eleva, pero su destino no está en el cielo que surcan los cohetes espaciales, sino que su destino está muchos más lejos de todo espacio, de todo universo. Su destino es Dios, una realidad mucho más grande que el espacio de las estrellas o de las galaxias, una realidad no material que está más allá de todo y todo lo contiene.

Por eso la fiesta de la ascensión nos planta ante un gran misterio: los apóstoles le ven elevarse, y esta realidad que ellos ven es sólo el testimonio visible de otra realidad que ellos no pueden ver: que Cristo entra en el cielo, en Dios. La consideración de este misterio debe llenarnos primero de asombro, que es mayor si consideramos que en el misterio de Dios entra un hombre verdadero, es decir un hombre con alma y cuerpo verdaderos. Cristo se eleva, entra en el seno de la Trinidad no como había salido cuando se hizo hombre, puro espíritu, Palabra intangible, sino que asciende con el hombre verdadero que ha asumido de María, que ha crecido, que ha andado por los caminos de Galilea, que ha sufrido y muerto, que ha resucitado y vencido la muerte. Así asciende Cristo a los cielos. A partir de ese momento un hombre participa de la vida trinitaria del Dios Uno, espíritu puro. A partir de ese momento la humanidad está incluida en el misterio de la divinidad.

San Pablo nos da otro dato, dice que el Hijo de Dios hecho hombre, que ha ascendido al cielo por la fuerza y el poder de su Padre, se ha sentado a su derecha. Este gesto de sentarse significa, según el *Catecismo de la Iglesia Católica*, que se inicia un nuevo comienzo: el del reinado sobre todas las cosas, visibles e invisibles, de éste que es nuestro rey, que es hombre como nosotros y que nos ha amado hasta el extremo.

La carta a los hebreos, que no hemos leído hoy, dice que allí el Hijo de Dios hombre intercede por nosotros ante su Padre. Intercede presentando ante su Padre el sacrificio perfecto de la cruz, el sacrificio perenne de la cruz, este sacrificio siempre eficaz por nuestra salvación.

Estos dos hechos, que Cristo reina y que Cristo intercede por nosotros, deben convertirse en un gran consuelo para nosotros: ¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo? Si Cristo reina, si Cristo ofrece eternamente a su Padre el sacrificio de la cruz,

¿quién podrá separarnos del amor de Dios? Ni lo presente, ni lo futuro, ni la altura ni la profundidad, ni la muerte ni la vida, nada. Nada nos podrá separar del amor de Dios.

Y así llegamos a las últimas consecuencias para nosotros de esta fiesta que celebramos. La primera era la de la necesidad de esperar y pedir el Espíritu Santo, la segunda la de la gran alegría y seguridad de que Cristo reina e intercede por nosotros. Pero la gran consecuencia nos la descubre san Pablo: Con la ascensión de Cristo a los cielos como hombre verdadero, se nos descubre nuestro propio destino, el lugar hacia el que nos dirigimos, el lugar al que nosotros no podemos llegar, pero al que el poder y la fuerza de Dios nos conduce, si le dejamos: quiero que «comprendáis la esperanza a la que os llama, la riqueza de gloria que da en herencia a los santos, la extraordinaria grandeza de su poder para nosotros, los que creemos, según la eficacia de su fuerza poderosa, que desplegó en Cristo, resucitándolo de entre los muertos y sentándolo a su derecha en el cielo».

Por tanto debemos esperar y aspirar a ascender con Cristo al cielo. Esa debe ser nuestra meta y la meta para los nuestros, la meta que nos ha ganado Cristo, a la que Dios quiere conducirnos con la fuerza de su poder y de su amor. Con palabras del Cardenal Newman: **«Mirando más allá de esta vida, mi oración primera, mi anhelo, mi esperanza ardiente es ver a Dios... Para la gente que quiero mi única oración es que también ellos vean a Dios... El pensamiento de Dios, su presencia, su fuerza, eso es lo que compensa y repara todos los sinsabores y aflicciones».**

Alabado sea Jesucristo

P. Enrique Santayana C.O.